

EL BARCO



DE VAPOR

Consuelo Armijo

# Los batautos hacen batautadas

Ilustraciones de Margarita Menéndez



Peluso el listo, Buu el tontito, Gusi el perezoso y Erito el cascarrabias son, junto con el sabio y bondadoso (aunque un poco despistado) rey don Ron, los principales protagonistas de esta historia de batautos. ¿Y qué son los batautos? Pues unos personajes, mitad humanos, mitad fantásticos, que viven en una sociedad alegre y feliz donde, a pesar de todo, siempre surgen complicaciones. Y es que los batautos pasan el día haciendo batautadas: fiestas, juegos, inventos y ocurrencias que siempre acaban en divertidos desastres.

## Prólogo

En un país lejano... bueno, no, en realidad no es un país. Será mejor decir: en un pueblo... pero no, no. ¡Tampoco es un pueblo! ¡Ya está! En un bosque lejano... ¡Ay! Es que no sé si está lejos o cerca y ¿será de verdad un bosque? Bueno, en un sitio que no sé dónde está y que no sé lo que es, pero que se parece mucho a un bosque, viven los batautos.

Los batautos son unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo y que hacen batautadas. Sí, todos los días hacen un montón de ellas, y si vosotros leéis este libro conoceréis muchos montones de batautadas.

Os voy a presentar a los batautos principales:

Don Ron es el rey, y tiene tantos años, que se ha olvidado dónde tiene la cabeza y dónde los pies.

Peluso es muy listo (por lo menos eso se cree él), fue el que inventó la cometa, como pronto vais a ver.

Buu es su amigo íntimo, y todo lo que dice Peluso se lo cree. ¡Pobre Buu! ¡Así le va a él!

De Gusi cuentan que un día estaba tumbado en el suelo y se cayó. ¿Qué cómo fue? Pues no lo sé.

Erito es muy sensato y un poco malhumorado.

Y ahora, ¡atención! Las historias de batautos van a empezar.

**Consuelo Armijo**

## El cuarenta y dos de Septiembre

Don Ron nada más hacía que cálculos y más cálculos, pues quería saber cuándo iba a caer el 42 de Septiembre.

—Treinta días trae noviembre, con abril, junio y septiembre —se decía Don Ron venga a hacer cálculos—. Pues eso quiere decir que entre los cuatro traen ciento veinte días —dijo después de contarlos muy bien—. ¿Pero cuándo cae el cuarenta y dos de Septiembre?

Y después de hacer muchas sumas y restas, Don Ron se dio cuenta que el cuarenta y dos de Septiembre era al día siguiente.

—¡Zambombas y panderetas! —dijo—. ¡Y todavía sin preparar el desfile! ¡El desfile del 42 de Septiembre!



Y ni corto ni perezoso Don Ron cogió un tambor y empezó a tocarlo por todo el bosque mientras decía:

*—Por ser el 42 de Septiembre*

*Ubre, ubre, ubre, ubre*

*Mañana habrá un desfile*

*Bile, bile, bile, bile*

*Que vosotros tenéis que preparar*

*Traíala, traíala, traíala.*

La noticia fue acogida de muy diversas maneras por sus súbditos. Erito, por ejemplo, cerró las ventanas para no oírle, y en vez de preparar el desfile, se puso a preparar la merienda.

Gusi corrió a mirar el calendario, pues eso del 42 de Septiembre le sonaba mucho, y pensó que a lo mejor es que era su cumpleaños, pero por el camino se cayó, y, ya de paso, cayó también en la cuenta que no podía ser, porque su

cumpleaños era en primavera, y el 42 de Septiembre no. De eso estaba seguro.

Buu y Peluso, en cambio, se dejaron de problemas, y empezaron a seguir a Don Ron, bailando muy contentos, y cantando a coro lo de «Bile, bile, bile» y lo de «traíala, traíala, traíala», hasta que Don Ron se cansó, y, en vez de tocar el tambor, les dio un coscorrón, y les dijo:

—Menos danzar y más desfile preparar.

Peluso y Buu se pararon y se miraron preocupados.

—No te apures, Buu —dijo Peluso—. Yo sé cómo se hacen los desfiles. Tú ve y reúne a todos en mi casa. Lo demás corre de mi cuenta.

Y entonces fue cuando empezaron los problemas. Buu encontró una resistencia casi invencible en convencer a Erito para que dejara de merendar, y fuera a preparar el desfile.

—Dice Peluso que sí, que vayas, y Don Ron también quiere, y nos ha dado un coscorrón —explicaba una y otra vez el pobre Buu.

—Bah —dijo Erito levantándose al fin—. Esto es lo que sucede cuando se tiene un rey chiflado de remate, que no puede uno ni merendar tranquilo.

Peluso, mientras tanto, estaba muy ocupado convirtiendo en pizarra un hule verde.

—Ya está —dijo cuando lo hubo clavado en la pared—. Ahora las sillas.

Y empezó a colocar las sillas enfrente del hule, y cuando los batautos llegaron, Peluso les mandó sentar, y, cogiendo una tiza, explicó:

—Desfilar es pasar por delante de alguien, por ejemplo de Don Ron asomado al balcón.

Y Peluso entonces dibujó a Don Ron asomado al balcón.

—Ahí lo tenéis —dijo Peluso.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó Gusi.

—Don Ron. ¿No lo he dicho? —contestó Peluso.

—Y ¿qué se le ha caído encima de la cabeza? —dijo Buu.

—No se le ha caído nada —dijo Peluso con mucha paciencia—. Se la puso por la mañana al levantarse.

—¿El qué? —volvió a preguntar Buu.

—La corona —dijo Peluso suspirando—. Este Buu nunca comprende nada —pensó.

—¿Y por qué está ahí pintado? —chilló de repente Erito con muy mal genio.

—¡Porque lo he pintado yo! —gritó Peluso perdiendo la paciencia.

En vista de eso, Erito se levantó para irse y acabar de merendar, pero Peluso que lo vio, añadió muy de prisa:

—Para hacer un ensayo y que todos desfilemos delante de él.

Y Erito, después de dudarlo mucho, se volvió a sentar, y entonces Peluso dio una palmada y dijo:

—Todos de pie, y a pasar delante de Don Ron.

Y Erito se volvió a poner de pie de muy mal humor, porque pensaba:

—Si lo llevo a saber no me siento.

Los batautos ya pasaban a todo correr delante del retrato de Don Ron, y luego daban la vuelta y volvían a pasar, riéndose mucho, y tratando de adelantarse los unos a los otros.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —gritaba Peluso—. Así no se desfila.

Mas nadie le hacía caso, porque se estaban divirtiendo de lo lindo, pero en esto Gusi se cayó y todos tropezaron y se cayeron. Peluso aprovechó esta parada para regañarles, y decirles que así no se desfilaba.

—Pero, Peluso —dijo Buu—, si estábamos pasando delante de Don Ron como tú dijiste.

—Pero así no se hace. Se hace así. —Y Peluso se estiró mucho, y echó a andar con gran solemnidad.

—Fanfarrón —chilló Erito. Y quiso ponerle la zancadilla, pero cuando Peluso iba a pasar se arrepintió, y bajó el pie para que no se cayera. Y resultó que Peluso, que iba muy tieso mirando al frente, no lo vio, y le dio un pisotón.

—¡Ay! —chilló Erito.

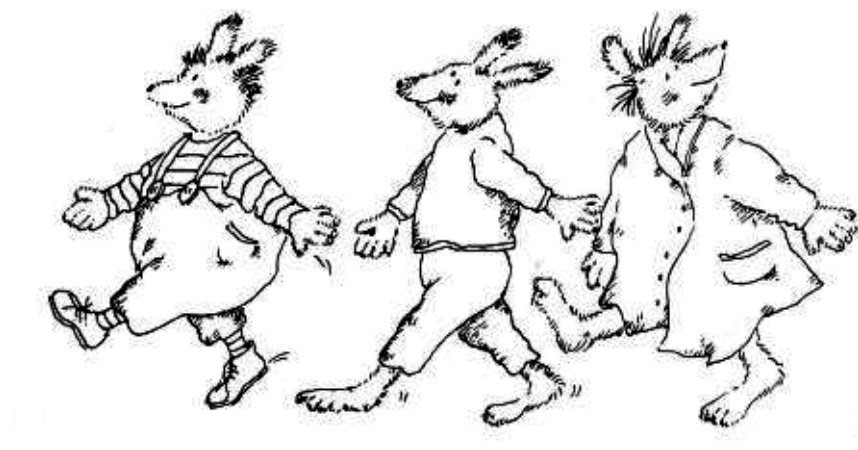
Pero nadie le hizo caso, y todos empezaron a desfilar como Peluso les había enseñado. Y Peluso estaba muy contento, y dijo:

—Para que mañana todo salga bien iré yo el primero.

—¿Por qué Peluso el primero? —dijo Erito—. Yo no quiero.

—Porque si fuera Gusi se caería, y todos tropezaríamos —dijo Peluso.

—Bah, bah, bah —contestó Erito de muy mal humor.



Y llegó el día siguiente. Desde las siete de la mañana Don Ron estaba en su balcón tocando con las palmas eso de: «que empiece ya, que el público se va».

Por fin, a las nueve y media, vio aparecer a Peluso blandiendo con mucho garbo el palo de una escoba. Detrás iban todos los batautos a cuál más tieso, y Don Ron se puso a aplaudir.

—¡Bravo, bravo! —decía.



Y justo, justo, cuando iban a pasar delante del balcón, a Peluso se le enredaron las piernas con el palo de la escoba, y se cayó.

Entonces Buu, que iba detrás, en un arranque de serenidad, dio un salto, y pasando por encima de Peluso, siguió desfilando como si tal cosa.

—¡Bravo, bravo! —gritaba Don Ron, que se creía que eso formaba parte del programa.

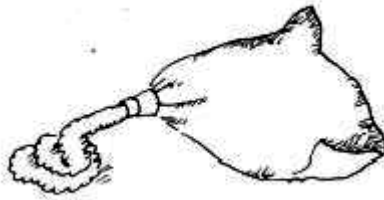
Todos los batautos imitaron a Buu. ¡Hasta Gusi saltó por encima de Peluso sin percance! Y cuando éste vio que todos habían pasado, se levantó y, ¡plaf!, notó que algo le caía encima. Era Don Ron, a quien tan divertida le había parecido la cosa, que había bajado para saltar él también, y cuando vio que Peluso se había puesto de pie, se agarró a su cuello y chilló:

—¡Seguir desfilando!

Buu dio la vuelta, y, seguido de todos, volvió a pasar por el balcón de Don Ron. Y así una y otra vez. El último iba Peluso con Don Ron encima. ¡Pobre Peluso, acabó cansadísimo ese 42 de Septiembre!



## La flor de Zazale



Peluso había pasado largas horas dedicado a la lectura de grandes obras literarias, y, cuando al fin salió de su casa para ver a Buu, tenía unas ganas horribles de correr aventuras parecidas a los personajes de esos libros.

—Buu —dijo—, ¿por qué no jugamos a que yo era un lobo y tú un cordero y te comía?

—¿Y por qué no jugamos a que tú eras un soldado y yo el capitán, y me tenías que limpiar los zapatos?

—Porque eso no viene en ningún libro.

—No importa —contestó Buu animadísimo, pues tenía un montón de zapatos sucios.

A Peluso la cosa no le empezó a hacer ninguna gracia.

—Pues yo no juego —dijo.

Buu le miró desilusionado.

—En cambio —siguió Peluso—, si tú quisieras hacer de cordero nos divertiríamos la mar.

Y Peluso empezó a contar a Buu lo bien que lo pasaban los corderos y los lobos en las grandes obras literarias.

Y Buu, que solía tener bastante buen conformar, volvió a animarse:

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que hacer yo? —preguntó.

—Pues tú serías el cordero, y yo el lobo, y cuando llame a tu puerta tienes que decir: «Pasa, pasa, madrina».

—¿Qué madrina? —dijo Buu.

—¡Este Buu, que nunca comprende las cosas! —pensó Peluso. Y explicó—. Es que tú te crees que soy tu madrina. Si supieras que era un lobo no dirías: «pasa, pasa».

—¡Ah! —dijo Buu.

—Entonces —continuó Peluso—, voy yo y digo: «Prepárame una taza de té», y tú dices: «Sí, madrina».

—¡Anda, qué fea debía de ser! —exclamó Buu.

—¿Quién? —dijo Peluso mirando a todas partes—, ¿quién debía ser fea?

—¡La madrina! ¡Mira que para seguir confundiéndola por el lobo!

—¡Pero Buu! ¿No te estoy diciendo que es un cuento?

—Pues eso digo, la madrina del cuento.

Viendo que Buu no le comprendía, Peluso decidió cortar la discusión por lo sano y continuó:

—Entonces tú te vuelves de espaldas para preparar el té, y voy yo y te como.

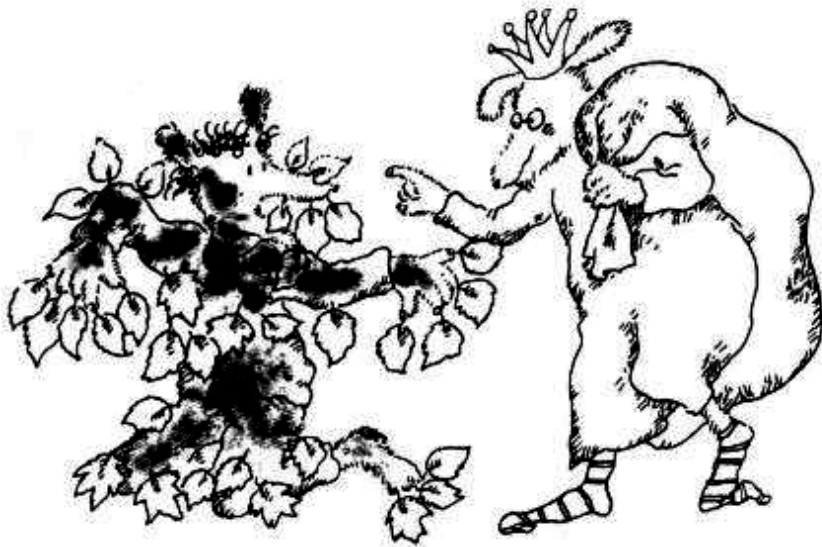
—¡Huy! —dijo Buu.

—Pero al comer carne de cordero me convierto en un hada, y tú sales de mi estómago, y los dos, cogidos de la mano, nos ponemos a bailar. ¿Qué te parece?

—Muy bien —dijo Buu.

—Pues disfrazate de cordero, que yo me voy a disfrazar de lobo, y cuando llame a la puerta, ya sabes lo que tienes que decir.

—Sí —contestó Buu.



Peluso se fue, y Buu se disfrazó de cordero. Primero se rebozó todo él bien en harina para estar blanco, y luego, con una manga pastelera, se llenó de churretones de nata, que parecían rizos, y a cuatro patas se colocó detrás de la puerta a esperar a Peluso. Mientras, Peluso se estaba disfrazando de lobo. Primero se rebozó en barro para adquirir una tonalidad amarronada; luego, para tener una pinta más feroz, quiso ponerse dientes postizos, pero, como no encontró ninguno por esos contornos, se pegó alrededor de la boca grandes hojas verdes, luego se pegó más en los dedos, para que hicieran de garras, y luego por todo el resto del cuerpo, para que parecieran terribles pelos de punta, y Peluso se creía que tenía una pinta ferocísima, y fue entonces cuando Don Ron pasó por ahí, le confundió con una tierna flor de zazalé, le metió dentro de un saco, y se lo llevó a su casa.

—¡Qué bien! Llevo toda mi vida buscando una flor de zazalé y nunca vi una. Pero ¡hay que ver cómo pesa! Yo pensé que eran mucho más ligeras, y más rojas —decía

Don Ron que, como no las había visto, no tenía ni idea de cómo eran las flores de zazalé.

Pero su sorpresa fue mayor cuando al sacarla del saco vio que andaba sola, y que además decía que era un lobo, y que quería ir a casa de Buu a comerse un cordero. El pobre Don Ron estaba hecho un verdadero lío, y empezó a dudar si sería o no sería una flor de zazalé.

Además no se atrevía a meterla dentro de un florero, no fuera a ser que, como era tan rara, se ahogara. Así que se fue a pedir consejo, cuidando de dejar la puerta bien cerrada con llave.

Con gran disgusto vio que Peluso, el más sabio de sus súbditos, no estaba en casa, pero por ahí cerca estaba Erito, y le preguntó:

—Erito, ¿sabes cómo son las flores de zazalé?

—Sí —contestó Erito con sorna, pues estaba seguro de que las flores de zazalé no existían—. Son de color verdeguisante, y tienen patas.

—¿Y hay que meterlas en un jarrón con agua?

—No, en una jarra con vino —siguió diciendo Erito con más sorna todavía.

Y ya iba Don Ron camino de su casa a meter a Peluso en una jarra con vino, cuando se encontró con Gusi y le preguntó:

—Gusi, ¿sabes cómo son las flores de zazalé?

—Sí —contestó Gusi por seguir la corriente a Don Ron, pues la verdad es que él nunca había visto una—, son amarillo-pollo y huelen muy bien.

—¿Y hay que meterlas en una jarra con vino?

—¡Qué va! —contestó Gusi—, se conservan en aceite, como las sardinas.

Don Ron estaba perplejo, y fue a preguntarle a Buu.

—Buu, ¿cómo son las flores de zazalé? —dijo abriendo la puerta de la casa.

Pero Buu no le sacó de dudas.

—Pasa, pasa, madrina —le contestó amablemente.

Don Ron le miró, y le pareció ver una especie de enorme tarta nupcial.



—¡Zambombas! ¡Qué cosas tan raras están pasando hoy! —dijo Don Ron marchándose a su casa, de donde Peluso, como era tan inteligente, se acababa de escapar por la ventana.

Buu se puso muy nervioso ante este acontecimiento, y cuando al poco llegó Peluso y llamó a la puerta, Buu contestó:

—Pisa, pisa, madroña —de puro nervioso que estaba.

Mas luego todo salió bien, y Peluso se comió a Buu y se convirtió en hada. Entonces se arrancó todas las hojas, quedándose de un color marrón-barro, que a él se le antojaba resplandeciente. Y Buu salió de su estómago, y cogidos de la mano bailaron.